

MALHERIDOS

La huella del tiempo en las bibliotecas REBIUN
La Biblioteca de la Universidad de Oviedo



Exposición

Sala General de la Biblioteca Central Universitaria
Del 1 al 30 de junio de 2022



Universidad de
Oviedo



MALHERIDOS

La huella del tiempo en las bibliotecas REBIUN
La Biblioteca de la Universidad de Oviedo

Organiza:
Biblioteca de la Universidad de Oviedo.

Coordinación y textos:
María José Ferrer Echávarri. Biblioteca Central de la Universidad de Oviedo.

Fotografías:
Marcial Gómez Martín. Servicio de Medios Audiovisuales de la Universidad de Oviedo.

Diseño y maquetación:
Oficina de Comunicación de la Universidad de Oviedo

Edita:

D.L.

Foto de portada: Libro censurado que se ha clavado para impedir el acceso a su contenido.

Oviedo
Universidad de Oviedo
2022

Índice

Lugares que sanan libros heridos.....	7
Presentación de la exposición virtual “Malheridos. La huella del tiempo en las bibliotecas REBIUN”	9
Presentación de la exposición presencial “Malheridos” de la Biblioteca de la Universidad de Oviedo	11
Agradecimiento	13
El envejecimiento y sus circunstancias: el tiempo y el espacio en el deterioro bibliográfico	17
Ratones de biblioteca y otros destructores de libros: el biodeterioro.....	22
Amistades peligrosas: usos y abusos de los libros.....	26
Destrucciones masivas: catástrofes naturales, accidentes y conflictos armados.....	31
Las heridas del corazón: el poder enmudecedor de la censura	34
Sobrevivir, aunque sea con cicatrices: acciones conservadoras y reparadoras	38



Lugares que sanan libros heridos

La vida no es más que un transcurrir entre heridas. El éxito o no de una vida no está en sus logros, sino en sus curas. En alcanzar la sanación de las heridas. Una vida fracasada es una vida que no ha sanado sus heridas y, justo por ellas, muere. Tanto más podemos decir de los libros. Su vida también es la de sus heridas. Su deterioro físico por el mero paso del tiempo, o la desatención y maltrato de su poseedor, o por el horror de la venganza, el ajuste de cuentas, o por convertirlo en símbolo de un silenciamiento, de un atroz desmoche que, no pudiendo alcanzar a quienes crean o pueblan sus páginas, quiere borrarles de la existencia cancelando sus presencias hechas libro.

Siempre he dicho que las bibliotecas son lugares para la oración y el recogimiento laicos. Esos espacios de silencio solo rotos por el murmullo del paso de las páginas y, hoy, el teclado en un portátil o una tablet. Las bibliotecas son espacios para dialogar con otros. Mujeres y hombres que nos precedieron y volcaron el universo en palabras y

dibujos. Las bibliotecas también son lugares que sanan. Esos espacios en los que las heridas de los libros se curan, donde se repara el abandono, o se recuperan de su olvido, o se redimen de sus pecados, o simplemente convalecen porque la cura ya no es posible.

Esta exposición auspiciada por el Grupo de Patrimonio Bibliográfico de REBIUN rinde homenaje a esos libros que tuvieron una mala vida, querida o sufrida. Una vida que no ha sido generosa con su existencia y a los que ahora, este grupo de personas llenas de sensibilidad y vocación (que tanto escasea en estos tiempos de prisa y futilidad) quieren curar, enseñando al mundo que también los libros sufren y por eso debemos cuidarlos y cuidar, sobre todo, sus lugares para la sanación, las bibliotecas. Gracias a todos por ser los custodios de lo que somos, seres de tiempo a los que solo nos salvan del naufragio los libros y las bibliotecas.

*Ignacio Villaverde Menéndez
Rector de la Universidad de Oviedo*

Presentación de la exposición virtual “Malheridos. La huella del tiempo en las bibliotecas REBIUN”

El Grupo de Patrimonio Bibliográfico de REBIUN tiene, entre sus objetivos, la organización de exposiciones de materiales bibliográficos y de otros soportes, con el fin de dar a conocer y difundir las colecciones patrimoniales de las bibliotecas que forman parte de la Red. Fruto de esta labor han sido *Ex Libris Universitatis*, Santiago de Compostela, 2000; *El Quijote en las bibliotecas universitarias españolas*, Ciudad Real, 2005, y Albacete, 2005-2006; o *América escrita: Fondos americanistas en las bibliotecas universitarias españolas*, Sevilla, en línea, 2010.

En esta ocasión, la propuesta no gira en torno a un tipo de documento o a su contenido, sino al proceso vital de todos ellos. El libro, cada libro, como soporte documental por excelencia, es un elemento vivo. Como tal, existe un momento para su nacimiento. Y también para su muerte, si quienes somos responsables de su conservación no logramos evitarla.

Pero en medio de ese proceso, los libros sufren muy diversos avatares que, como a cualquier ser vivo, les provocan daños. Daños físicos, enfermedades, daños morales, daños, en suma, que pueden hacerlos desaparecer. Y esa es una más de las misiones de nuestras bibliotecas: evitar la desaparición de nuestros fondos.

El mal puede proceder de muchas fuentes: desde la censura, religiosa o política, la mala praxis de libreros, bibliotecarios o lectores, las guerras, los accidentes o la propia naturaleza a través del agua y del fuego, de los insectos o de los hongos. En ocasiones, incluso, el mal procede de las buenas intenciones, que llevaron a alguien a aplicar una mala restauración.

Y eso es, precisamente, lo que el Grupo de Patrimonio Bibliográfico pretende con esta exposición: mostrar al mundo el daño sufrido por los libros, sea cual sea su causa. El daño y, en ocasiones, las medidas que se han tomado para evitar su definitiva destrucción.

Hemos llamado a esta exposición “*Malheridos. La huella del tiempo en las bibliotecas REBIUN*”, porque tal vez sea precisamente el paso del tiempo uno de los mayores enemigos de nuestros libros. Y queremos hacerla coincidir con las *III Jornadas de Gestión del Patrimonio Bibliográfico*, que en esta ocasión se celebran en la Universitat de València, los días 26 y 27 de mayo de 2022.

Las circunstancias nos obligan a que esta exposición sea virtual. Sin embargo, al mismo tiempo, algunas de nuestras bibliotecas la complementarán con exposiciones locales en las que el hilo conductor será el mismo, las heridas de nuestros fondos bibliográficos.

Todo ello, exposición y jornadas, como un gran homenaje a ese objeto tan sencillo como es un libro: apenas un puñado de papel, tal vez de cuero, tan frágil pero tan imprescindible para que el conocimiento, la ciencia y el placer se transmitan y perduren.

*Grupo de Patrimonio Bibliográfico de
REBIUN*

Presentación de la exposición presencial “Malheridos” de la Biblioteca de la Universidad de Oviedo

Nada escapa a la acción transformadora del tiempo, que todo lo envejece. No obstante, la vejez no es la única consecuencia del paso de los años. Los libros se hacen viejos, irremediablemente, porque lo hacen los materiales de los que están hechos. Pero también enferman, si su constitución interna es débil y si las condiciones ambientales los dañan. A menudo, padecen los ataques de enemigos externos, que los devoran o los destrozan. Pueden sufrir accidentes y ser víctimas de catástrofes naturales y de conflictos armados. Soportan usos que los desgastan, porque su finalidad es ser leídos y, por tanto, manejados, pero también abusos, cuando los seres humanos, con mejor o peor intención, no resultan sus mejores amigos. En ocasiones, sucumben ante algunos poderes que logran enmudecerlos, totalmente o en parte, y que en el peor de los casos los destruyen. Al final, mueren: unos, todavía jóvenes; otros, no tanto; los menos, muchos siglos después de haber nacido.

Que la vida de los libros sea larga depende, en gran medida, del cuidado que se les dispense, es decir, de que los materiales que los componen y el proceso de fabricación tengan la calidad necesaria, de que sean almacenados adecuadamente y en entornos limpios, estables y seguros, de que se manejen con las debidas precauciones, de que su contenido no sea objeto de persecución y de que, si ya han sufrido daños, se lleven a cabo las actuaciones precisas para retrasar su muerte todo lo posible.

La Biblioteca de la Universidad de Oviedo posee cientos de miles de documentos, algunos con muchos años de historia. El más antiguo, del siglo XII. Pero ninguno de ellos lleva en nuestros anaqueles mucho tiempo. El 13 de octubre de 1934, como consecuencia de los acontecimientos revolucionarios acaecidos en

Oviedo, se declaró un incendio en el edificio de la Universidad que redujo a cenizas todo lo que albergaba, incluidas la Biblioteca Provincial Universitaria y la Biblioteca especial de la Facultad de Derecho. Salvo unos pocos ejemplares que no estaban en las bibliotecas, aquel día desapareció toda la colección bibliográfica de la Universidad.

Así, pues, los libros que forman el actual fondo antiguo de la Academia asturiana son fruto de compras y donaciones realizadas desde 1935 hasta la actualidad. Están bajo nuestra custodia desde hace menos de noventa años. Los hay que llegaron a nuestras manos tan bien cuidados y conservados, que no aparentan su edad y dan pocas pistas sobre los avatares sufridos en su particular historia. Pero muchos entraron en la Biblioteca ya viejos, enfermos, sucios, mutilados, censurados, con cicatrices... Heridos, en definitiva. Algunos, realmente malheridos. En cuanto a los volúmenes “jóvenes” de nuestros centros, están sanos en su mayoría, pero también los tenemos con daños de diverso origen y gravedad.

En todo caso, desde el momento en que los libros, nuevos o viejos, antiguos o contemporáneos, pasan a formar parte de la colección bibliográfica de la Universidad, son responsabilidad no solo de quienes trabajamos en la Biblioteca, que los gestionamos, custodiamos, difundimos y ofrecemos a los usuarios, sino también de los miembros de la comunidad universitaria, que los utilizamos. Y somos conscientes de que, tarde o temprano, todos nuestros fondos acabarán sucumbiendo al paso del tiempo, pero retrasar en lo posible su muerte permitirá poner a disposición de las generaciones futuras una información a la que, sin el debido cuidado, no podrían acceder.

Esta exposición presencial de la Biblioteca de la Universidad de Oviedo, que complementa la virtual organizada por el Grupo de Trabajo de Patrimonio Bibliográfico de REBIUN¹, ha sido posible gracias a la colaboración de muchas personas, sin cuyo trabajo a lo largo de varios meses no se habría reunido una selección de ejemplares “malheridos” tan representativa y diversa, aunque no se han incluido documentos electrónicos, porque su proceso vital presenta características que los hace merecedores de un enfoque diferente.

Los documentos expuestos se agrupan en torno a cinco epígrafes que intentan estructurar los distintos tipos de daños presentes en los libros, más uno dedicado a ejemplares “reparados”, con mayor o menor acierto, pero casi todos ellos podrían aparecer en más de una sección, porque a lo largo del tiempo han acumulado diversas heridas. En todo caso, son solo una pequeña muestra de lo que puede encontrarse en nuestras bibliotecas.

No obstante, el objetivo de esta exposición no es solo hacer visible el deterioro, en ocasiones muy grave, que ya han sufrido nuestros fondos bibliográficos, sino sobre todo concienciar de los peligros que todavía los acechan si no se toman las necesarias medidas de prevención y conservación y si no se abordan acciones restauradoras allí donde el mal ya se ha producido, algo que la Biblioteca no puede llevar a cabo sin la implicación y el compromiso de la Universidad en su conjunto.

Conservar los libros es una tarea constante que requiere cuidado, conocimientos e inversión. Y quizá no veamos los frutos del esfuerzo realizado para conseguirlo, pero no hay duda de que el futuro nos lo agradecerá.

María José Ferrer Echávarri
Jefa de la Sección de Biblioteca Central
(Asturias, General y Fondo Antiguo)

Agradecimiento

Agradecemos sinceramente el apoyo del rector y del vicerrector de Investigación a esta exposición, y la dedicación y el esfuerzo realizado por muchas personas, cuyos nombres queremos hacer constar (por orden alfabético) como expresión de nuestro reconocimiento por su trabajo:

Biblioteca Central:

Juan Luis Iglesias Álvarez
Susana Mata González
Carmen Rosete Llano
Rosario Sánchez Fernández
Belén Sánchez García-Conde
Carmela Tejerina Lecha

Biblioteca de Ciencias e Informática:

María Isabel González Alonso
María del Rosario González Morán
Irene Linares Pintos
María Elena Ordóñez González

Biblioteca de Ciencias Jurídico-Sociales:

María Amil Bastardo
María Teresa Fernández Martínez
Consuelo García Laspra
Carmen Menéndez Fueyo
José Ignacio Millán Castro
María del Pilar Plaza Torrijos
Juan José Riaño Alonso
María Teresa Súcar Sánchez

Biblioteca de Formación del Profesorado y de Educación:

Lucía Buergo Fernández
Isabel Campos Fernández
María Luisa González Piñera
María Begoña Suárez Fernández

Biblioteca de Humanidades Emilio Alarcos Llorach;

Evaristo Álvarez Muñoz
María del Pilar Cuervo Álvarez

Biblioteca de la E.T.S. de Ingenieros de Minas:

María Luisa Álvarez Heres
Pilar de Benito Domingo
Marta Águeda Fernández Martínez
Begoña García Menéndez
Cristina Gutiérrez Anderez
María José Rodríguez Cuervo

Biblioteca Politécnica de Mieres:

Miguel Ángel González Tacoronte

¹ <https://coleccion.rebiun.org/>

MALHERIDOS

La huella del tiempo en los libros



► Como consecuencia de los contaminantes atmosféricos, las pieles sufren la llamada “podrición roja” o red rot.

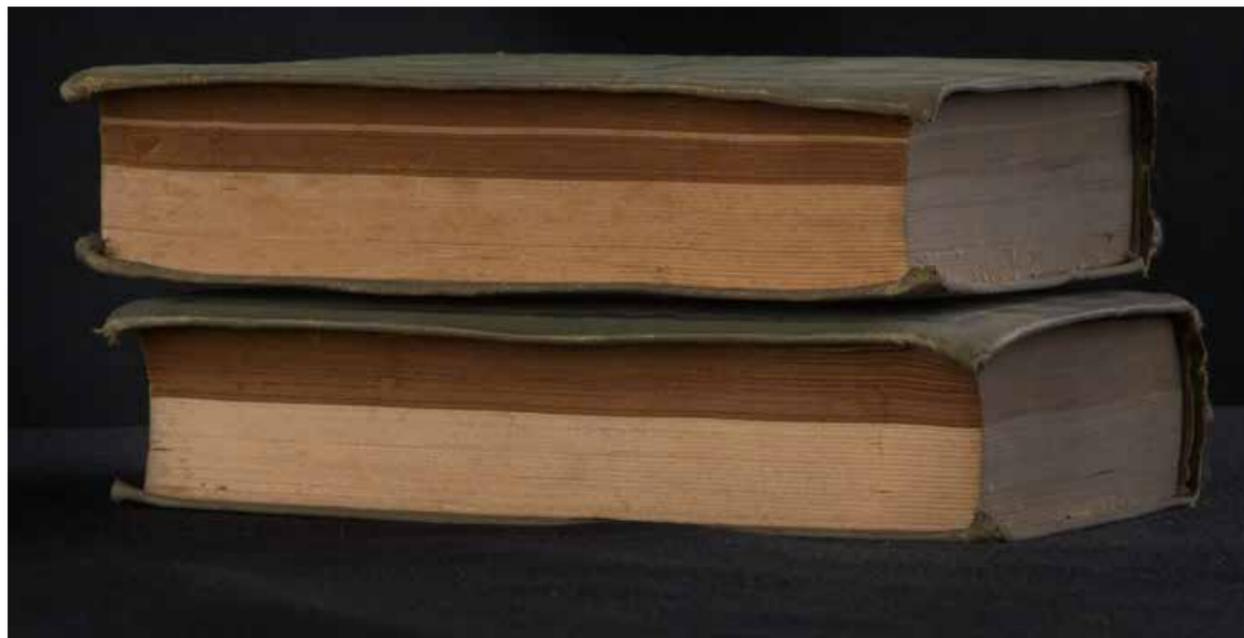
El envejecimiento y sus circunstancias: el tiempo y el espacio en el deterioro bibliográfico

Incluso en el mejor entorno posible, los libros envejecen de manera natural, porque los materiales de los que están hechos se degradan con el tiempo. Pergamino, piel y papel, fundamentalmente, pero también tintas, pigmentos, colas adhesivas y otras sustancias utilizadas para mejorar las características de los objetos bibliográficos se deterioran lenta, imperceptible e irremediablemente.

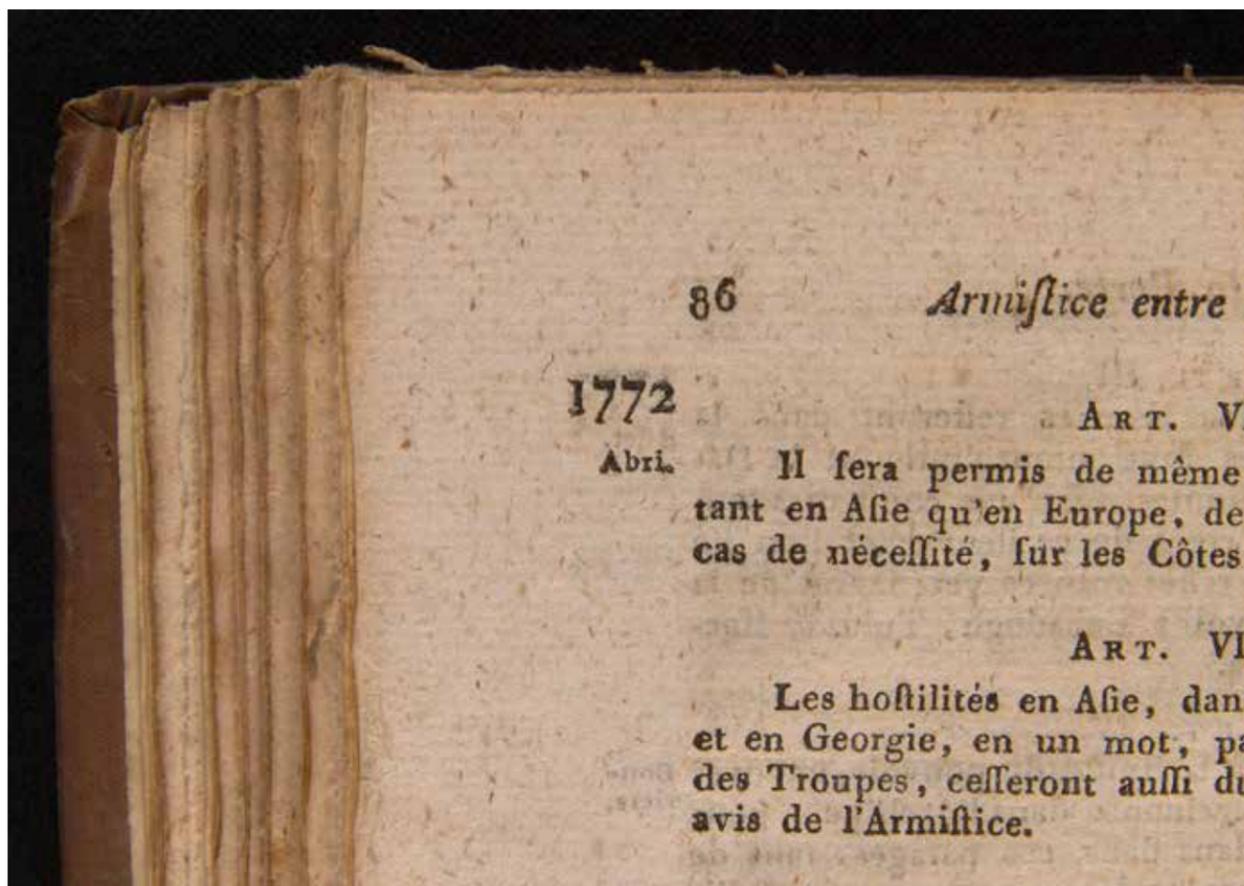
El pergamino, obtenido a partir de pieles de animales, está constituido sobre todo por fibras de colágeno unidas entre sí, de cuya longitud depende su durabilidad. Antiguamente, las pieles se sometían a un baño de cal que permitía que los pergamineros las pelaran y descarnaran. Luego, se tensaban en un bastidor y se rascaban y pulían varias veces hasta obtener el producto deseado. En el proceso podían surgir problemas, pero una buena elaboración garantizaba un pergamino de gran calidad y muy duradero. No obstante, en el

siglo XIX, con el fin de abaratar los costes de elaboración, se sustituyeron los baños de cal por el uso de agresivos productos químicos que eliminaban demasiado tejido de las pieles, dando como resultado un producto de peor calidad y menos flexible.

El papel, de origen vegetal, se hace con pulpa de celulosa, cuyas cadenas también deben ser largas para asegurar su perdurabilidad. Hasta mediados del siglo XIX, el papel se elaboró con pulpa obtenida a partir de trapos viejos –de ahí el nombre de *papel de trapos*– que se cortaban en trozos, se lavaban y blanqueaban, se dejaban pudrir en agua y se golpeaban en batanes hasta que se desfibraban. Las cadenas de celulosa de este tipo de pulpa son largas y químicamente estables, y el papel de trapos, de gran calidad y muy perdurable. Sin embargo, a mediados del siglo XVIII se extendió el uso de la pila holandesa, que desfibraba los trapos con cuchillas, dando una pulpa más uniforme,



► Libros elaborados con dos tipos de papel, uno de peor calidad, que ha reaccionado de forma muy diferente a los agentes atmosféricos (luz, temperatura y humedad), oscureciéndose y haciéndose más quebradizo.



► Papel fabricado con pulpa procedente de la madera, con muchas impurezas.

pero con fibras de celulosa más cortas. El papel resultante era menos resistente y mucho menos duradero. Y en el XIX, a causa de la altísima demanda de este material, se sustituyó la pulpa de trapos por otra obtenida mediante procesos mecánicos a partir de la madera, más ácida a causa de la lignina, por lo que el papel es más débil y quebradizo, ya que la acidez acorta las cadenas de celulosa.

Por otro lado, para mejorar la textura y el color del papel, se utilizan aditivos (colorantes, productos de apresto, colas, blanqueantes...) que, paradójicamente, pueden restarle calidad. En la elaboración artesanal, se usaban colas a base de gelatina y almidón, muy estables químicamente, aunque apetitosas para algunos agentes biológicos. Pero en el siglo XIX se empezaron a utilizar productos químicos que provocan acidez y oxidación, lo que rompe las cadenas de celulosa, debilita el papel y lo amarillea.

Las tintas y los pigmentos elaborados con sustancias químicamente inestables, al descomponerse, también deterioran seriamente el soporte. Especialmente dañinas para el papel, aunque no para el pergamino, son las tintas ferrogálicas, elaboradas a partir de sales de hierro y ácido gálico o tánico.

Singular mención merece un tipo de deterioro, denominado *foxing*, muy habitual en los soportes celulósicos y textiles, en los que aparecen pequeñas manchas marrones irregulares, a veces muy abundantes y parecidas a las causadas por el moho. Las zonas afectadas son más ácidas y menos resistentes que el resto. El origen del *foxing* se atribuye a la oxidación de partículas de hierro presentes en el papel y que pueden proceder de las fibras naturales de la pulpa y de los productos químicos o las herramientas que intervienen en su fabricación.

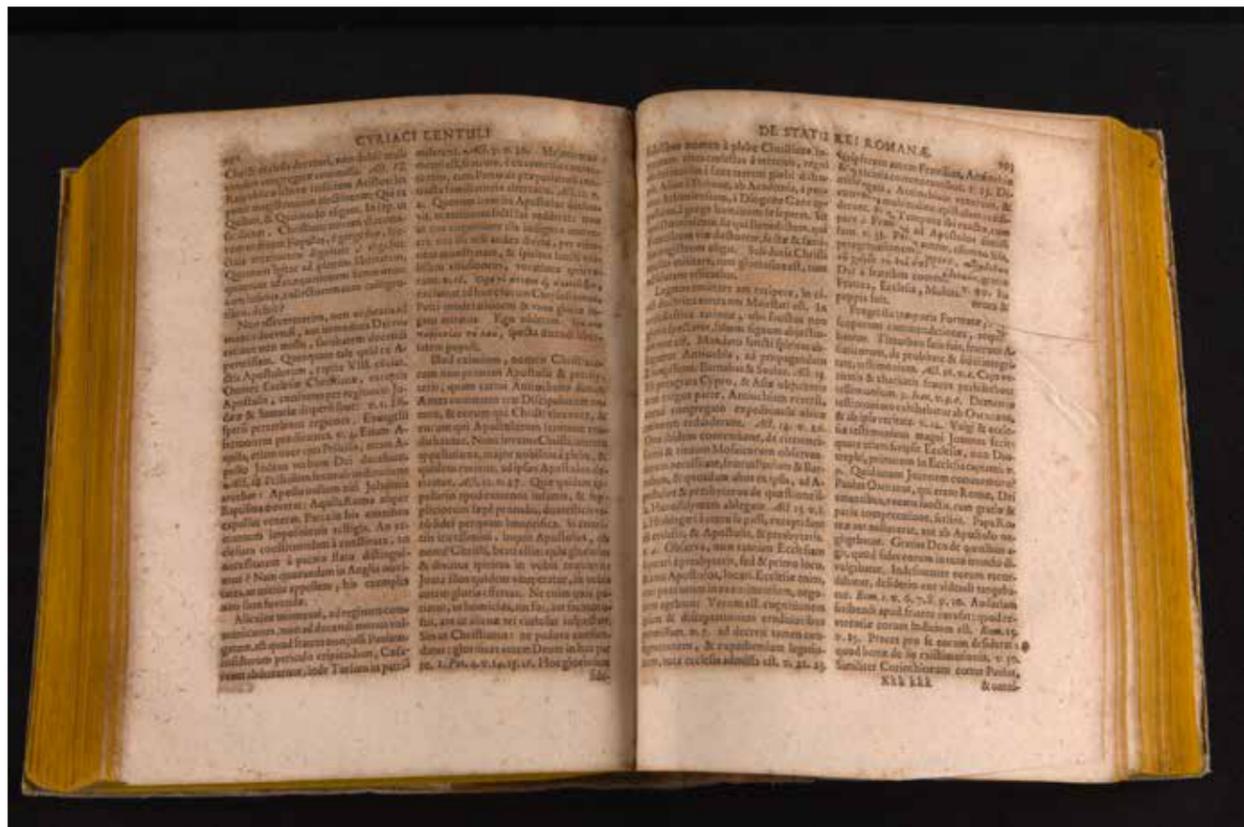
La calidad de las encuadernaciones condiciona igualmente la perdurabilidad de los libros. El uso de materiales inadecuados (pieles o pergaminos de baja calidad o mal curtidos, adhesivos inestables químicamente, hilos demasiado débiles para soportar la tensión de los cuadernillos, cartones o papeles ácidos para

las cubiertas...) y las deficiencias en el proceso de encuadernación contribuyen al rápido deterioro de los objetos bibliográficos al reducir su resistencia al manejo.

La velocidad del envejecimiento de los libros, por tanto, depende en primer término de la calidad de sus materiales y de su fabricación, pero también de las condiciones del entorno en que se almacenan, es decir, de factores medioambientales, como los contaminantes atmosféricos, la humedad, la temperatura y la luz, que actúan de manera conjunta y provocan asimismo una degeneración lenta, acumulativa, irreversible e inevitable. No obstante, es posible actuar sobre las condiciones del medio ambiente para que causen el menor daño en los documentos.

El polvo, en cuya composición pueden encontrarse escamas de piel muerta, fibras vegetales y proteínicas, polen, esporas y partículas minerales, entre otras sustancias, es un contaminante atmosférico habitual en las bibliotecas, que erosiona los libros y favorece el desarrollo de microorganismos. Algunos gases también son muy perjudiciales para los fondos bibliográficos, como el ozono, por su gran efecto oxidante, o el dióxido de nitrógeno y el de azufre, que combinados con la humedad ambiental acidifican los materiales librarios, oscureciéndolos y volviéndolos frágiles y quebradizos. Pero el oxígeno resulta igualmente dañino, sobre todo si interactúa con la humedad, la temperatura y la luz, porque oxida y amarillea los soportes. Asimismo, las sustancias contaminantes procedentes de combustibles también deterioran las pieles, sobre todo las de curtición vegetal, en la que se utilizaban taninos, ácidos de por sí, puesto que multiplican los efectos degradantes de estos. Como consecuencia, las pieles se agrietan, se vuelven rojizas o amarronadas y se van deshaciendo hasta convertirse literalmente en polvo. Este deterioro se conoce como "pudrición roja" o *red rot*.

Determinante para la conservación de los libros es la humedad relativa, definida como la relación entre el vapor de agua presente en un volumen de aire y el total que puede contener ese mismo volumen a una temperatura concreta. Una humedad relativa alta favorece



► La composición química de las tintas acidifica y oxida el soporte, afectado además por foxing.



► Pergamino deformado por cambios bruscos de temperatura y humedad relativa.



► La exposición a la luz ha oscurecido el papel de la cubierta.



► Volumen con encuadernación defectuosa. Los hilos del cosido son muy finos para soportar la presión de los cuadernillos al manejarse.

el desarrollo de hongos y bacterias, contribuye a la descomposición de los materiales por hidrólisis, a la oxidación, al reblandecimiento de los aprestos y a la pérdida de poder adhesivo de las colas. Es decir, acelera la degradación de los soportes librarios. No obstante, una humedad relativa baja provoca deshidratación, que también daña el papel, el pergamino y las tintas. En todo caso, lo más perjudicial son las alteraciones bruscas en la humedad relativa, porque el papel y el pergamino, materiales muy higroscópicos, se dilatan y contraen con cada cambio y, por tanto, se deforman.

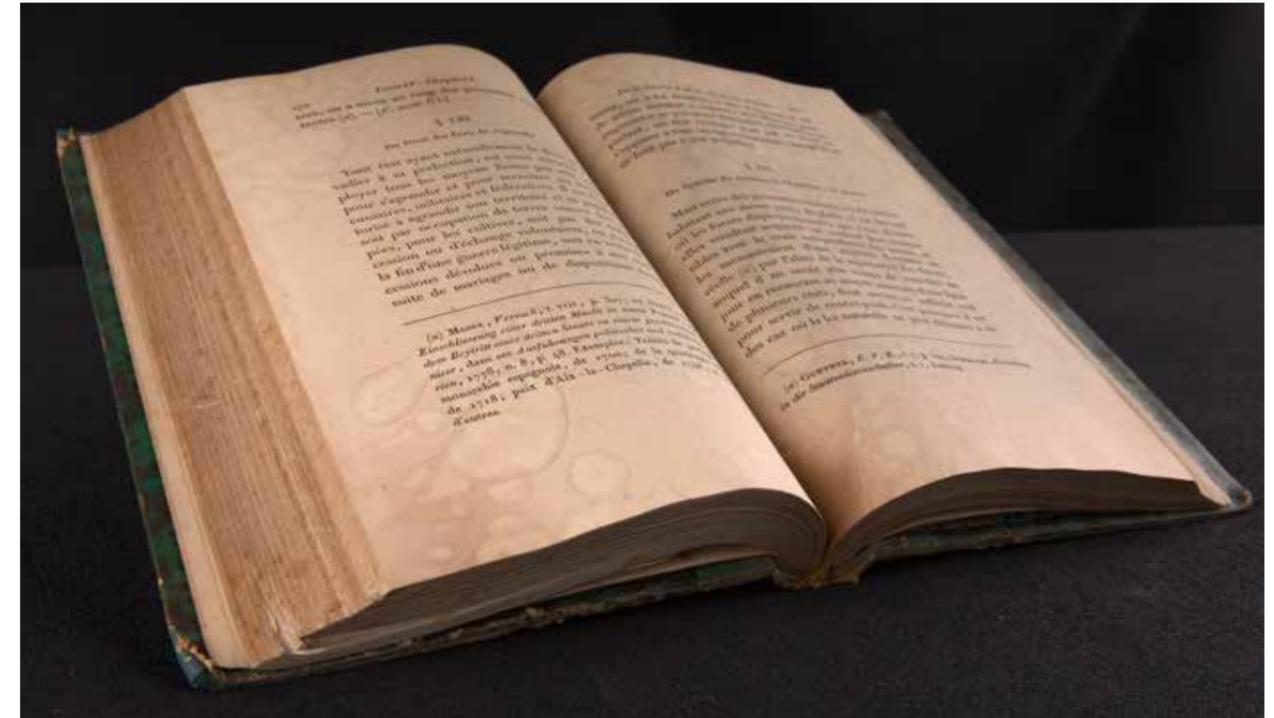
Sucede lo mismo si se producen grandes variaciones de temperatura en espacios breves de tiempo. Los soportes celulósicos y proteínicos se alabean y, a la larga, resultan menos

perdurables. Por otro lado, el calor acelera las reacciones químicas y, en consecuencia, los materiales se deterioran con mayor rapidez.

De igual forma, la luz es un importante factor de degradación si no se controla y utiliza correctamente. La radiación ultravioleta, tanto solar como artificial, es la más perjudicial para el patrimonio bibliográfico, porque produce fotólisis y fotooxidación. La luz rompe las fibras de celulosa y las proteínicas, oscureciendo, deshidratando y debilitando el papel, disminuyendo la resistencia mecánica de la piel y el pergamino, y decolorando los tintes. Pero la luz también es necesaria para prevenir el desarrollo de microorganismos y la acción de los insectos, pues todos ellos prefieren la oscuridad.



► Los roedores muerden los libros para obtener material para sus nidos.



► Manchas en el papel provocadas por la humedad.

Ratones de biblioteca y otros destructores de libros: el biodeterioro

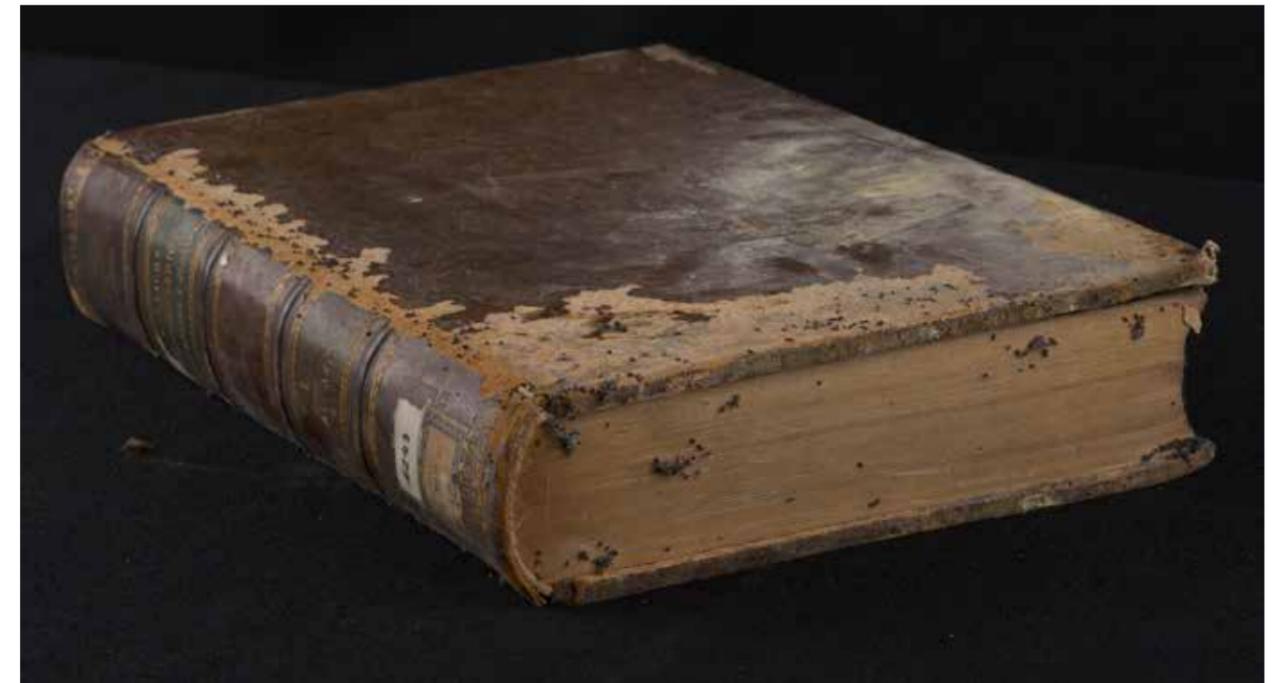
Los agentes biológicos que pueden dañar los libros son diversos e incluyen microorganismos, insectos y animales vertebrados. Generan en los documentos diferentes tipos de heridas que se engloban en el concepto *biodeterioro*. Los materiales orgánicos, tanto celulósicos como proteínicos, son fuente de alimentación para microorganismos (hongos y bacterias), insectos y ciertos vertebrados, pero también sirven para fabricar nidos.

Los microorganismos son capaces de desarrollarse y sobrevivir en las más diversas condiciones ambientales. Los hongos y las bacterias se alimentan de materia orgánica muerta y se reproducen por esporas, que pueden permanecer durante años en estado latente a la espera de las condiciones favorables para prosperar. Por otro lado, aunque las bacterias prefieren sustratos neutros o ligeramente alcalinos, los hongos se desarrollan mejor sobre soportes

ácidos. En todo caso, unos y otras rompen las cadenas celulósicas y proteínicas, deteriorando el sustrato sobre el que se desarrollan. Además, excretan y segregan sustancias que decoloran los soportes o dejan manchas diversas. Los hongos dañan el papel, los plásticos, los tejidos, los pigmentos, el cuero, el pergamino, la madera y los adhesivos naturales, causando debilidad en el soporte, tacto algodónoso y puntos negros o pardos. Las bacterias, por su parte, deterioran el papel porque lo manchan.

En cuanto a los insectos perjudiciales para el patrimonio bibliográfico, destacan los pececillos de plata, las cucarachas, los escarabajos, las polillas, los piojos del libro y las termitas.

El lepisma o pececillo de plata se alimenta de material celulósico y proteínico, por lo que puede deteriorar el papel, el pergamino y la piel. Aparece, sobre todo, en entornos húme-



► El pececillo de plata devora los soportes superficialmente y puede dejar excrementos a su paso.

dos y come en estratos, extendiéndose por la superficie y dejando daños muy visibles, aunque normalmente no llega a perforar el soporte. En ocasiones, se aprecian los excrementos que deja a su paso.

Las cucarachas escogen lugares húmedos y oscuros. Comen de todo, pero prefieren alimentos con almidón y proteína, como las colas de las encuadernaciones, el pergamino o el cuero. Producen daños parecidos a los pececillos



► Las larvas de la carcoma se alimentan de celulosa y secretan una sustancia que pega los bordes de las galerías e impide que se pasen las hojas sin riesgo de mayores daños.

de plata, pero de mayor tamaño, perforando el soporte irregularmente. También pueden dejar a su paso excrementos y rastros de saliva en los bordes de las zonas perforadas, que acaban oscureciéndose.

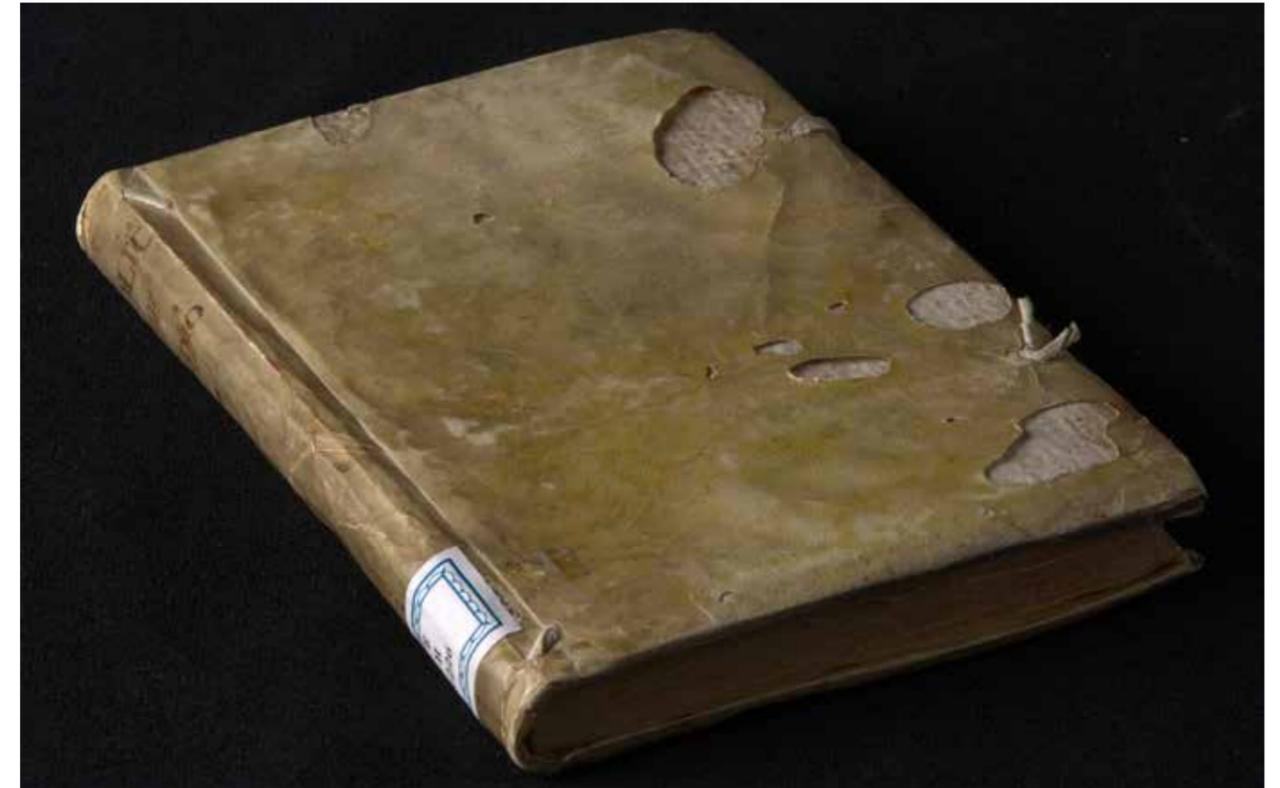
Los escarabajos bibliófagos se conocen comúnmente con el nombre de carcoma. Dañan los libros cuando se encuentran en estado larvario, es decir, al salir del huevo, ya que comen el papel generando galerías en el interior de los volúmenes, sin salir al exterior hasta que son adultos, porque no toleran la luz mientras son larvas. Además, estos escarabajos secretan sustancias en las galerías que pegan unas hojas a otras, lo que hace muy difícil pasarlas sin causar mayores daños. No obstante, comen las zonas con más celulosa y suelen evitar las partes con tinta, lo que permite que el contenido textual no se pierda y que se puedan acometer restauraciones reintegrando celulosa en el papel.

Las polillas, en estado larvario, se alimentan de materiales con queratina, como la lana y

el pelo, pero también de telas, pieles y colas adhesivas. Perforan galerías menos largas que las de los escarabajos, pero más gruesas, y se reconoce que han actuado en un libro porque hacen nidos con restos de fibras y detritus. En los libros atacados por la polilla también pueden realizarse reintegraciones de celulosa.

Los piojos del libro buscan los ambientes húmedos, ya que se alimentan de hongos y de cualquier material de origen vegetal. Deterioran sobre todo el papel. Perforan irregularmente las hojas y las destruyen superficialmente, haciendo desaparecer el texto. Por tanto, aunque el deterioro que causan en el soporte no es muy grave, estos insectos son nefastos para los libros, ya que los “borran” allí donde actúan.

Las termitas, sin embargo, causan grandes daños materiales. Atacan libros de cierto tamaño, o cuando están apilados, y realizan grandes galerías y boquetes. Como no salen al exterior, no se descubren sus destrozos hasta que ya no tienen remedio. Además, secretan excrementos oscuros en el fondo de



► Las cucarachas comen materiales proteínicos, como el pergamino, y perforan el soporte irregularmente.



► La humedad favorece la proliferación de hongos y bacterias que manchan el soporte.

los agujeros o en las paredes de las galerías. Los volúmenes afectados por termitas suelen ser irrecuperables.

En cuanto a los animales vertebrados, los más habituales en los depósitos de libros son los roedores, que utilizan los libros para construir sus nidos. Realizan pequeñas mordidas en el papel y los daños van siempre de fuera adentro. El orín y los excrementos de los roedores también pueden impregnar el papel y dejar manchas y mal olor. Asimismo, los pájaros y los pequeños reptiles representan peligros potenciales para el fondo bibliográfico por las heces que depositan sobre los libros.



► Sacar los volúmenes de las estanterías tirando de la cofia acaba deformando y rompiendo el lomo, que puede llegar a desaparecer por completo.

Amistades peligrosas: usos y abusos de los libros

Los libros están destinados a utilizarse y el uso los expone a un deterioro inevitable, ya que no se pueden consultar si no se sacan de las baldas, se abren y se hojean. Estos movimientos, necesariamente repetitivos, causan desgaste y roturas en los materiales y, con el paso del tiempo, dañan los ejemplares más o menos

gravemente. El deterioro causado en los libros por su uso normal es casi deseable, porque significa que han sido muy consultados. Pero no todos los usos pueden calificarse como normales. Algunos son abusos, mala praxis, y tienen su origen, fundamentalmente, en la dejadez y la ignorancia del personal bibliotecario,



► Ejemplar con restos de cera procedente de las velas utilizadas antiguamente para iluminar y con manchas de los dedos al pasar las hojas.

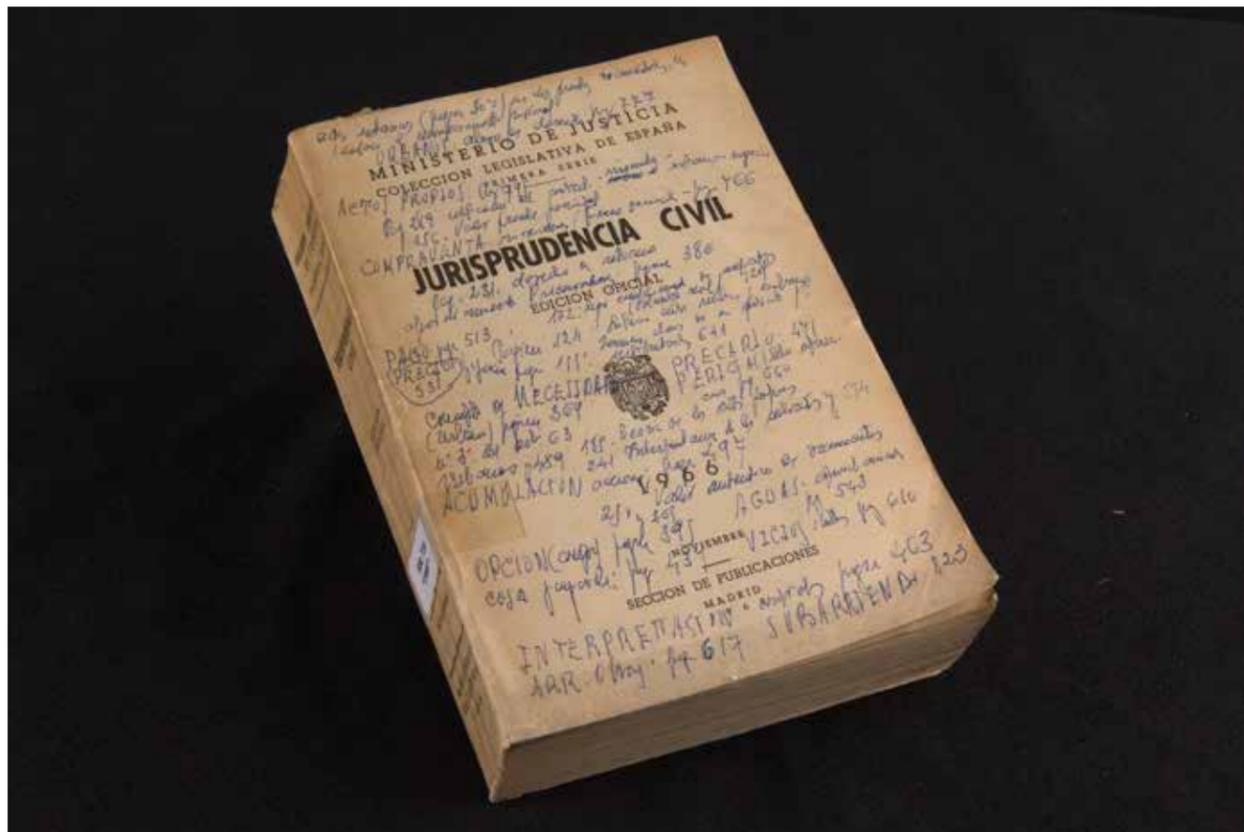


► Cubierta con pintura.

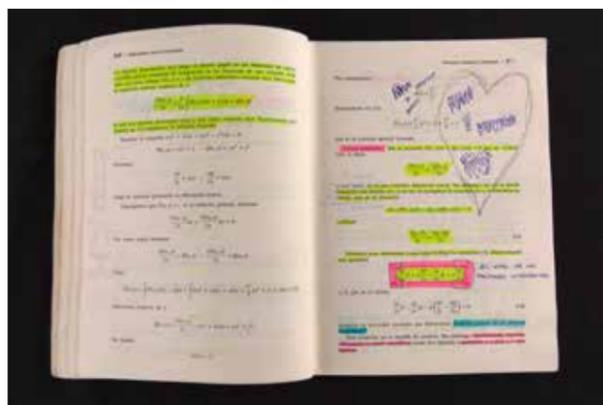
en la utilización descuidada e irresponsable de los libros por parte de los usuarios y en el vandalismo.

El manejo de los libros por parte de los profesionales de las bibliotecas no siempre es óptimo. Poner el sello de la biblioteca sobre el texto y escribir o subrayar en los volúmenes para facilitar su catalogación son un ejemplo de ello. Es muy habitual sacar los volúmenes de las estanterías tirando de la cofia, lo que

causa roturas en la cabezada y en parte superior del lomo y puede provocar la pérdida total de este. Abrir los libros más de 120°, algo inevitable cuando se fotocopia o cuando se digitaliza en escáneres que obligan a poner el volumen boca abajo, también es perjudicial para la encuadernación, porque tensa las costuras de los libros cosidos, de manera que los hilos acaban rompiéndose, y desgasta los adhesivos de los ejemplares encolados, cuyas hojas terminan despegándose de los lomos, que tam-



► Volumen con la cubierta superior completamente manuscrita, a modo de índice del contenido.

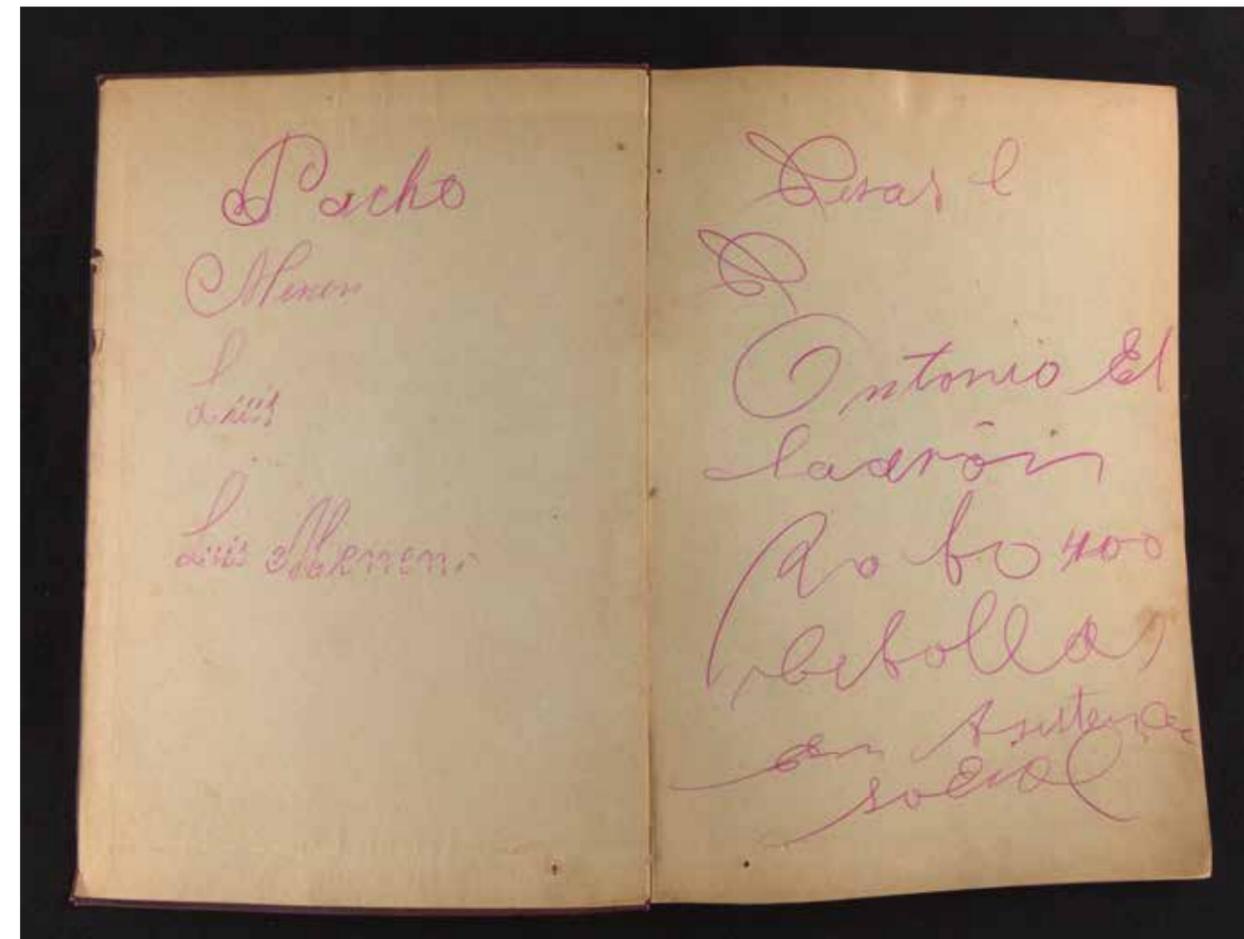


► Manual subrayado con rotuladores de colores y con dibujos.

bién se deforman. Asimismo, digitalizar obras en mal estado sin restaurarlas previamente es muy peligroso, ya que suelen deteriorarse más en el proceso. Las reparaciones, por su parte, deben realizarlas profesionales especializados, porque la buena intención no basta. Son muchos los libros irremediamente dañados por manchas de grasa irreversibles causadas por el personal bibliotecario al intentar arreglar con cintas adhesivas inadecuadas algunos desperfectos. No obstante, también los profesiona-

les se equivocan y realizan restauraciones y encuadernaciones de libros poco respetuosas con los originales. Y son multitud las obras guillotizadas excesivamente, hasta el extremo de afectar al texto.

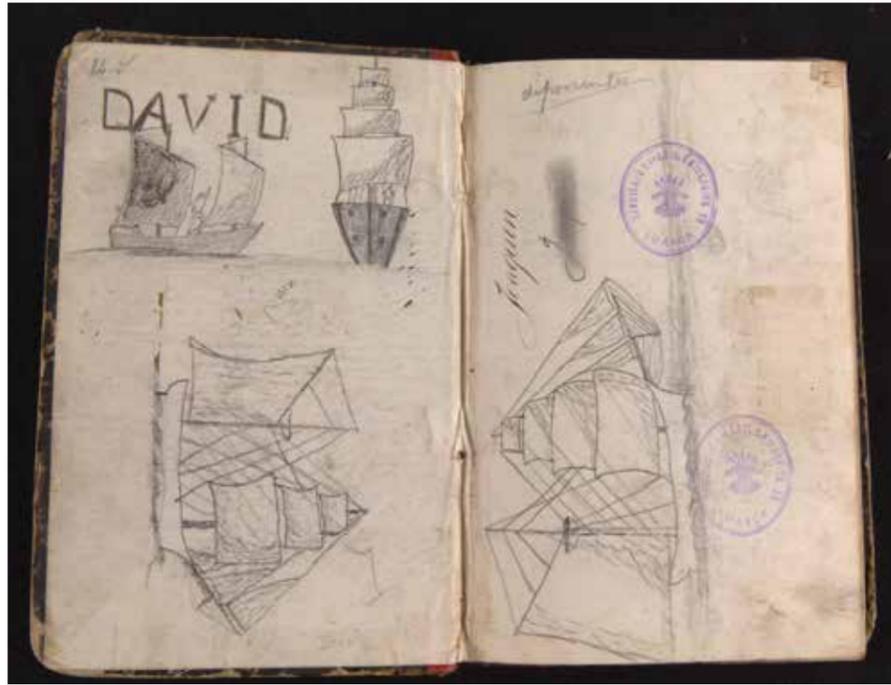
Los libros están hechos para los lectores, pero estos pueden hacer mal uso de ellos y deteriorarlos gravemente. En muchas ocasiones, los daños se producen por descuido o desinterés, y la variedad de posibilidades



► Guardas con escritos ajenos al contenido del libro.

es inmensa. Hay ejemplares con manchas de grasa procedente de los dedos al pasar las hojas, con restos de comida o bebida, con quemaduras causadas por velas o cigarrillos, con marcas de óxido generadas por objetos metálicos introducidos en el libro o con restos de cera procedentes de los cirios a cuya luz se leía antiguamente. Los hay, incluso, con las tapas cubiertas de pintura. Otras veces, el deterioro es consecuencia de descuidos con niños pequeños o con mascotas.

Algunos daños, sin embargo, se realizan conscientemente. Es habitual que aparezcan en los márgenes glosas manuscritas relacionadas con el texto. Estas anotaciones, en algunos casos, suponen un valor añadido, porque aclaran o amplían el contenido de la obra. Pero los márgenes y otros espacios en blanco de los libros constituyen un lugar ideal para notas de cualquier tipo ajenas al texto y para dibujos de muy variada calidad. Son muy frecuentes, asimismo, los subraya-



► Dibujos realizados en las guardas del ejemplar.



► Sello de propiedad recortado.

dos con lápiz, pero también con tinta e incluso con rotulador.

Otra forma de abuso, sin duda, es el vandalismo, especialmente, el robo. Hay muchas bibliotecas “malheridas” por sustracciones de libros, especialmente si los ejemplares desaparecidos son de difícil o imposible restitución. A pesar de los sistemas antirrobo y de la vigilancia del personal bibliotecario, salen libros de las bibliotecas universitarias, incluida la de Oviedo, que nunca regresan. Paradójicamente, también han llegado a nuestras

estanterías, por compra o donativo, ejemplares que fueron robados de otras bibliotecas y de los que se han tachado o recortado anteriores sellos de propiedad. En algunas ocasiones, sin embargo, no se sustrae el documento entero, sino solo aquello que interesa, generalmente capítulos concretos, ilustraciones, portadas artísticas, iniciales iluminadas o mapas, que se recortan o se arrancan del volumen al que pertenecen, dejándolo mutilado. Y puede darse el caso, incluso, de que se formen nuevos ejemplares con partes sustraídas de una o varias obras.



► Libro expuesto a humo abundante, pero sin daños graves.

Destrucciones masivas: catástrofes naturales, accidentes y conflictos armados

Las catástrofes pueden ser naturales o artificiales, accidentales o provocadas, pero cuando se producen, suponen la pérdida total o el deterioro de grandes cantidades de documentos bibliográficos. Son acontecimientos inesperados, que suceden por sorpresa, y para disminuir al máximo sus nefastas consecuencias es imprescindible reaccionar con rapidez y no improvisar, sino contar con protocolos de actuación que establezcan los métodos adecuados para abordarlas, porque la ignorancia sobre el modo de tratar los materiales en estos casos puede ser tan perjudicial como los daños ya producidos. Los conflictos bélicos y las revueltas sociales, por su parte, se asemejan por sus consecuencias a las catástrofes naturales y accidentales y son siniestros que han hecho y hacen peligrar gravemente el patrimonio cultural, en general, y el bibliográfico, en particular. El agua y el fuego suelen ser los

agentes de deterioro más habituales en las catástrofes.

Las inundaciones pueden ser de origen natural, como las causadas por riadas o por lluvias torrenciales, y accidental, como las provocadas por roturas de tuberías, averías en los sistemas de aire acondicionado o goteras. En estado líquido, el agua disuelve algunas tintas, hace que las hojas de los documentos se adhieran, convirtiendo el libro en un bloque imposible de manejar, reblandece los materiales, destiñe las pieles, debilita el papel, lo mancha, favorece la pronta proliferación de microorganismos y deforma los libros.

Los incendios no solo queman los documentos, reduciéndolos a cenizas, sino que las altas temperaturas que generan hacen inma-



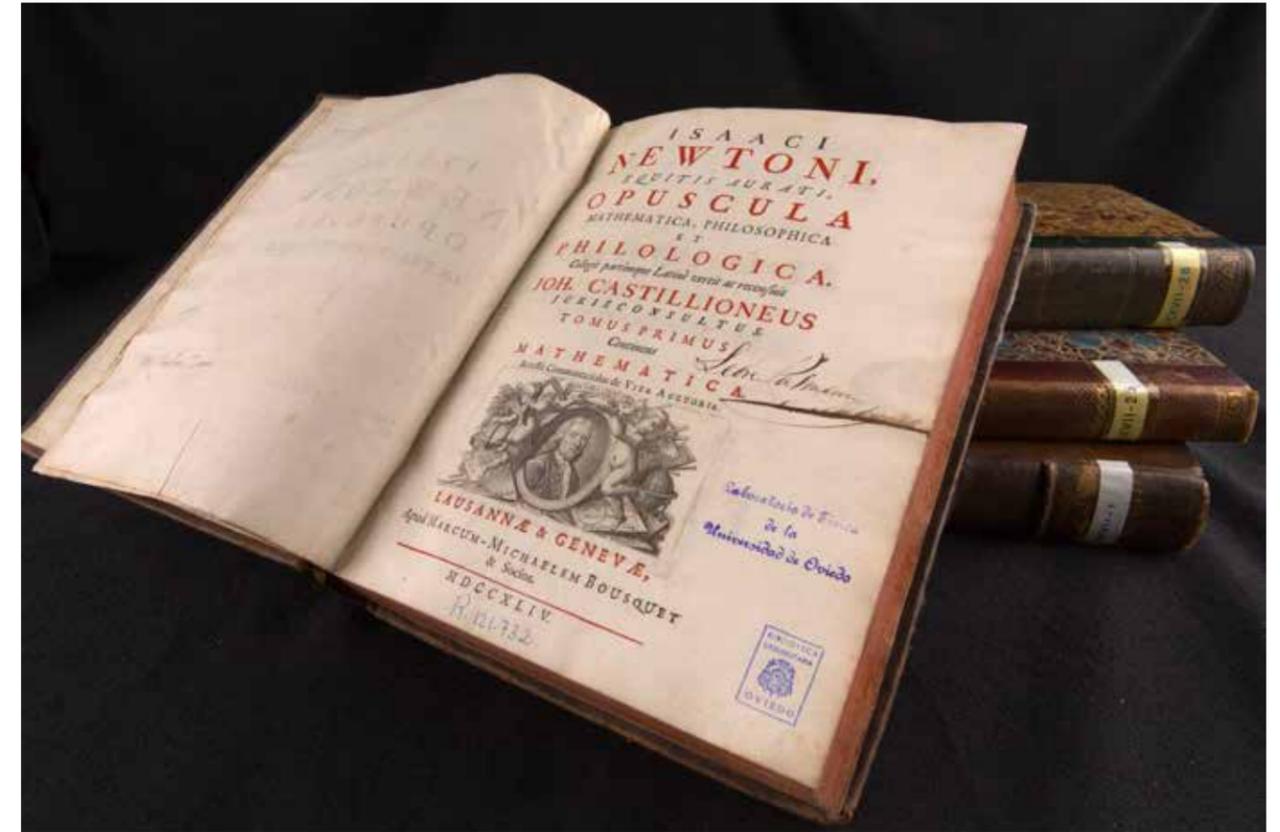
► Ejemplar afectado por una gotera, cuyas hojas han quedado pegadas formando un solo bloque.



► Ejemplar afectado por una gotera. El agua ha favorecido el desarrollo de microorganismos que han dañado gravemente el soporte.

nejables los libros que no llegan a arder, ya que aceleran la degradación del papel y del pergamino, debilitándolos de forma extrema, y derriten el plástico y los adhesivos. Por otra parte, algunos equipos de extinción de incendios pueden causar inundaciones, y la combinación de calor y humedad constituye un entorno muy favorable para el desarrollo de hongos y bacterias. En el mejor de los casos, los libros se ven expuestos a un humo intenso, pero sin llegar a quemarse ni sufrir temperaturas excesivas, por lo que el efecto más visible es la suciedad externa.

A lo largo de los años, la Biblioteca de la Universidad de Oviedo ha sufrido algunos accidentes, provocados generalmente por goteras, a consecuencia de las cuales no pocos libros han padecido importantes daños. No es raro que las goteras empapen paredes y libros antes de ser detectadas y que, cuando se descubren, ya se hayan dañado irremediamente muchos libros, no solo por la gran cantidad de agua acumulada en ellos, que pega las hojas y los volúmenes, sino por los microorganismos desarrollados en su interior, que deterioran gravemente el soporte. En realidad, el agua en



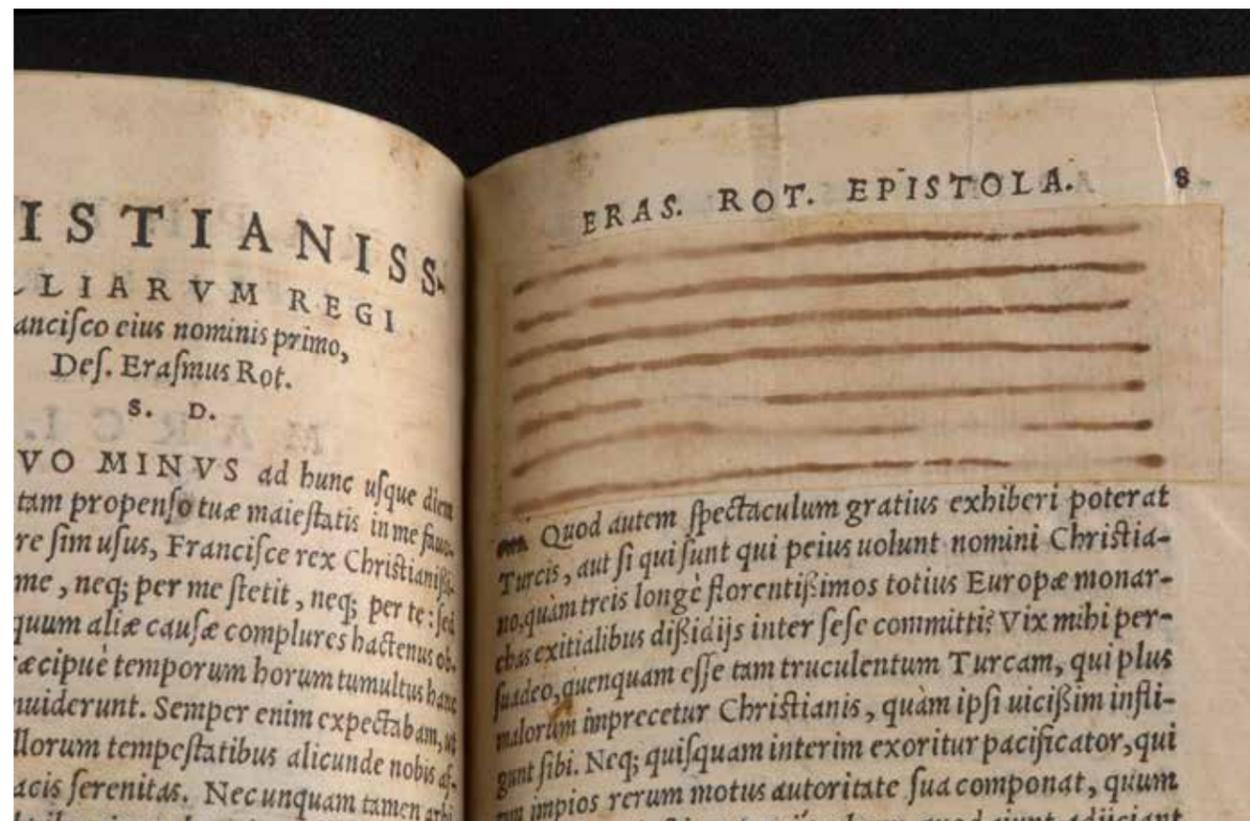
► Volúmenes que sobrevivieron al desastre de 1934 porque no se hallaban en la Biblioteca.

estado líquido es uno de los mayores enemigos de los objetos bibliográficos, los cuales, una vez afectados, requieren actuaciones profesionales, inmediatas y muy costosas, para poder recuperarse. En muchos casos, la restauración es imposible. Cuando la gotera se detecta pronto, las consecuencias no son tan nefastas, pero los ejemplares dañados suelen acabar con manchas de humedad, hongos y hojas alabeadas, si no se intervienen rápidamente.

Pero el mayor desastre de la historia del centro bibliográfico se produjo en 1934. El 13 de octubre, durante los acontecimientos revolucionarios acaecidos en Oviedo, el edificio de la Universidad quedó completamente destruido por las llamas. Ardieron, entre otras estancias, la Biblioteca Provincial Universitaria y la Biblioteca especial de la Facultad de Derecho, con todos sus fondos. Los testimonios de la época sobre las causas del incendio son diversos y contradictorios. Unos culpan a los revolucionarios, y otros, a las fuerzas guber-

namentales. No hay acuerdo ni siquiera en la hora en que se inició el fuego. Sea como fuere, aquel día, la riqueza bibliográfica reunida a lo largo de más de tres siglos desapareció en pocas horas, salvo los escasos libros que se hallaban fuera de las bibliotecas. Inmediatamente, las autoridades académicas decidieron reconstruir la Biblioteca Universitaria, dotándola de los fondos necesarios para las enseñanzas impartidas en las facultades, pero también de excepcionales colecciones patrimoniales.

La Guerra Civil española, cuyas consecuencias se dejaron notar en algunas bibliotecas universitarias, como la de la Universidad Central de Madrid, donde se produjo una importantísima quema de libros, no causó daños en los fondos que la Universidad de Oviedo empezó a recibir como donativo o adquirió tras el desastre de 1934, especialmente la valiosa colección bibliográfica que compró en 1935 al bibliófilo y librero Roque Pidal.



► Uno de los métodos para tapar el texto prohibido de un libro expurgado era tacharlo y pegarle un papel encima.

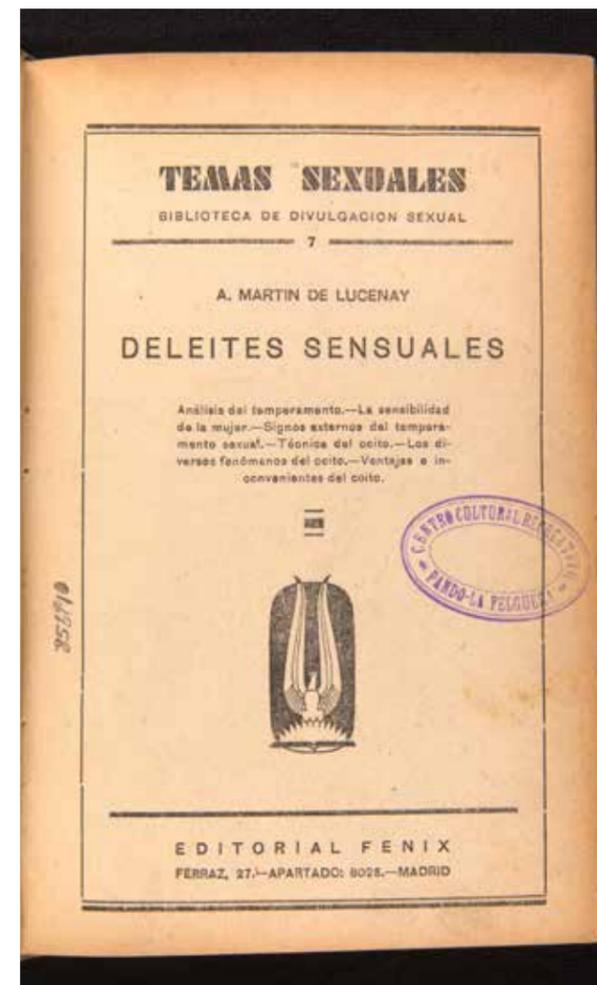
Las heridas del corazón: el poder enmudecedor de la censura

La censura es un tipo especial de violencia que se ejerce contra el corazón de los libros: su contenido, total o parcial. Puede ser política y religiosa. Hay una censura previa a la publicación, que impide que los textos e imágenes considerados subversivos o inmorales vean la luz. Son libros malheridos desde su nacimiento. Pero hay otra censura, la que afecta a las obras ya editadas, destinada a evitar que sigan difundándose y leyéndose. Esta censura tiene grados. En algunas ocasiones, las obras censuradas simplemente se retiran de la circulación, para que los usuarios no puedan acceder a ellas, o se señalan de manera especial para visibilizar que solo pueden ser consultadas por las personas que cumplen los requisitos establecidos por las autoridades censoras. No sufren heridas materiales, pero tampoco cumplen con su función documental, pues su contenido se secuestra y, en la práctica, es como si no existieran. En

el peor de los casos, los libros censurados se destruyen, a veces públicamente.

No obstante, muy a menudo, las obras se censuran solo parcialmente. En estos casos, se habla de expurgo. Las partes expurgadas, ya sean capítulos, párrafos, líneas, palabras o ilustraciones, quedan inhabilitadas mediante diversos métodos. Lo más habitual es tachar las líneas –a veces párrafos enteros, incluso páginas– o las ilustraciones prohibidas, que también se pueden tapar con un papel pegado sobre ellas. Tampoco son escasos los ejemplares a los que se les han arrancado más o menos hojas. Y hay algunos casos en los que incluso se ha clavado la mayor parte del cuerpo de la obra, que queda convertida en un bloque imposible de hojear.

Si se piensa en la posibilidad de rescatar el contenido censurado, no todos los méto-



► Libro incautado al Centro Cultural Recreativo de Pando (La Felguera)

dos de expurgo revisten la misma gravedad. Cuando se levanta la censura, los clavos pueden extraerse y el libro recupera su función documental, aunque las perforaciones permanezcan y, en algunos casos, lleguen a afectar al texto. Las hojas arrancadas pueden ser restituidas por otras manuscritas con el contenido desaparecido. Sin embargo, tachar las partes prohibidas con tinta es un proceso irreversible. Además, la tinta utilizada puede traspasar el papel y ocultar partes de la obra no censuradas y, según su composición, también puede debilitar el papel y, en algunos casos, deshacerlo.

Herramienta fundamental de la censura religiosa fue el *Index librorum prohibitorum*, promulgado por la Iglesia Católica en 1564, aunque hubo decretos censores anteriores.

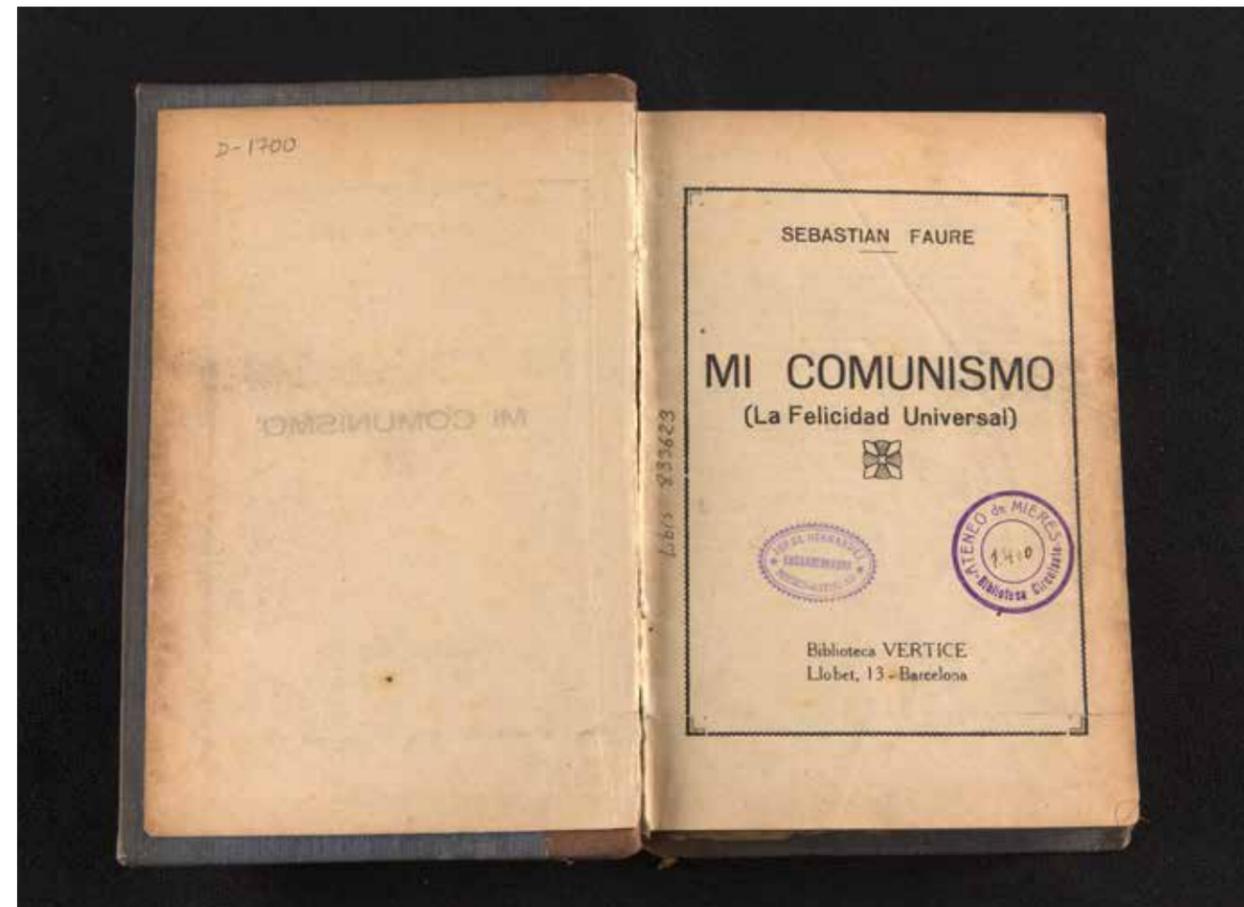
Incluía una lista de contenidos considerados contrarios a la fe que los fieles no podían leer: autores completamente prohibidos, títulos aislados y capítulos o partes de libros. A los autores incluidos en el *Index* se les denominaba *auctores damnati*, es decir, “autores dañados”. En los casi cuatro siglos en que el *Índice* estuvo en vigor, se añadieron muchas obras y se indultaron algunas. Se editó por última vez en 1948, y en 1966 fue suprimido por Pablo VI.

Los responsables de las bibliotecas, también los de la Universidad de Oviedo, tenían que velar por que ningún contenido incluido en el *Index* cayera en manos no autorizadas. Los bibliotecarios, por tanto, eran los encargados de cortar o tachar las partes expurgadas o de custodiar las obras prohibidas en su totalidad, que unas veces se apartaban en cuartos llamados “Inferno” y otras se marcaban para que tanto el personal bibliotecario como los usuarios identificaran fácilmente los libros prohibidos. En la Biblioteca de la Universidad de Oviedo se colocaba en el lomo de estos un tejuelo de color rojo.

Por lo que respecta a la censura política, la Biblioteca Universitaria asturiana la experimentó especialmente en dos ocasiones, aunque en distintas posiciones. En la primera, el centro bibliográfico fue víctima de la censura del régimen absolutista de Fernando VII, quien en febrero de 1815 mandó inspeccionar la Universidad de Oviedo y otros centros de enseñanza del país, sospechosos de apoyar las doctrinas ilustradas difundidas por Europa. El objetivo era separar de sus cátedras a los docentes heterodoxos y eliminar los libros utilizados en sus clases. Los visitantes enviados a la Universidad de Oviedo afirmaron en su informe que el centro bibliográfico poseía muchas obras prohibidas, aunque ubicadas en un recinto separado, pero que había sospechas de que algunos bibliotecarios habían permitido que personas no autorizadas accedieran a ellas, por lo que, en el futuro, serían el claustro y el rector quienes eligieran los libros que se debían adquirir.



► El procedimiento más habitual para expurgar una obra era tachar con tinta las partes que no se podían leer.



► Libro incautado a la Biblioteca Circulante del Ateneo de Mieres.

En la segunda ocasión, la Biblioteca de la Universidad de Oviedo actuó como brazo ejecutor del poder censor. Durante la Guerra Civil española, el bando franquista mantuvo una importante actividad censora que se tradujo, entre otras cosas, en la incautación de bibliotecas de lo que se consideraban “elementos rojos”. Ya el 23 de diciembre de 1936, la Junta Técnica del Estado emitió una orden que declaraba ilegal la producción, el comercio y la circulación de publicaciones textuales y gráficas de contenido pornográfico o socialista, comunista y libertario. Todas las personas e instituciones que tuvieran publicaciones de estas características tenían que entregarlas a las autoridades inmediatamen-

te. Las obras debían permanecer depositadas y custodiadas en la biblioteca universitaria, donde la hubiese, y puestas a disposición únicamente de las personas autorizadas.

Para llevar a cabo esta tarea, en septiembre de 1937, se crearon comisiones depuradoras en los distintos distritos universitarios, presididas por el rector y compuestas por miembros de la Universidad, del Ejército y de la Iglesia, por un representante de Falange y por un bibliotecario del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos. El rector Sabino Álvarez Gendín fue el presidente de la Comisión Depuradora de Oviedo, y el director de la Biblioteca, Carlos Martín Fernández, el

secretario. Ambos se tomaron muy en serio la tarea encomendada y participaron activamente en la incautación no solo de bibliotecas particulares, sino también de entidades, principalmente ateneos, centros culturales y bibliotecas populares. Las obras incautadas –entre 7.000 y 9.000– se recogieron y depositaron en la Biblioteca Universitaria. En la actualidad es difícil identificarlas, ya que no se incluyeron en el libro de registro, al no conocerse con certeza su destino final. Tampoco se conserva ningún inventario o catálogo de los libros incautados. La única lista es la incluida en un oficio guardado en el Archivo de la Biblioteca en el que constan tan solo unos cuantos títulos incautados al Centro

Cultural Recreativo de Pando (La Felguera). Otros volúmenes procedentes de bibliotecas depuradas, como la Biblioteca Circulante del Ateneo de Oviedo o la del Ateneo de Mieres, se van identificando a partir de los sellos de propiedad. No obstante, se sabe que parte de las obras depositadas en la Biblioteca Universitaria por incautación acabaron en la actual Biblioteca de Asturias “Ramón Pérez de Ayala”.

La acción depuradora, salvo cuando llegó al extremo de destruir libros, no dañó materialmente las obras incautadas, pero dejó mermadas y “malheridas” muchas bibliotecas.



► Volumen reencuadernado, en el que se han salvado partes de las cubiertas originales.



► Una de las tareas que puede abordar el personal bibliotecario, con la formación y los materiales adecuados, es limpiar los libros, lo que retrasa la corrosión de los soportes e impide la proliferación de microorganismos.



► Ejemplar con el soporte muy deteriorado a causa de las tintas ferrogálicas, restaurado por especialistas.

Sobrevivir, aunque sea con cicatrices: acciones conservadoras y reparadoras

Gestionar el patrimonio bibliográfico exige, entre otras cosas, custodiarlo, pero también difundirlo y ponerlo a disposición del público lector. La mejor estrategia para compatibilizar uso y conservación es llevar a cabo acciones destinadas a retardar el deterioro de los libros anticipándose a los potenciales daños y previniendo los riesgos que los amenazan.

La conservación preventiva consiste en identificar, evaluar, detectar, controlar y minimizar todo aquello que pueda dañar los objetos bibliográficos actuando sobre sus causas, evitando así no solo su daño o destrucción, sino también la necesidad de acometer costosas restauraciones. La escasez de recursos y de inversión en preservación y conservación es uno de los factores que más negativamente influyen en los documentos. Los recintos mal acondicionados, con poca ventilación, sin control de temperatura y humedad, con

iluminación agresiva, sin filtros para la contaminación ambiental, con escasa limpieza, carentes de sistemas antiincendios adecuados, y desprovistos de alarmas antirrobo, entre otras cosas, constituyen un medio poco seguro para los fondos bibliográficos, y nocivo para los materiales que los constituyen. Por otro lado, si el mobiliario es escaso o no se adapta a los diferentes tipos de documentos, estos acaban colocándose en posiciones forzadas, que los deforman y, en ocasiones, los rompen. Es preciso, además, formar a los profesionales de las bibliotecas para que manejen el patrimonio bibliográfico adecuadamente, concienciar a los usuarios en el respeto a los bienes culturales y elaborar protocolos de actuación en caso de desastres. Y no hay que olvidar la importancia de la digitalización de los fondos históricos y patrimoniales, que no solo permite un acceso universal a su contenido, sino que asegura que este se salvará,

aunque el soporte material se deteriore irremediablemente.

Ahora bien, cuando el daño ya se ha producido, es preciso actuar de otro modo. El personal bibliotecario puede abordar, tras la correspondiente formación y con los materiales apropiados, pequeñas intervenciones, como limpiar hojas y cubiertas o aplicar cintas autoadhesivas de restauración a pequeños desgarros. Pero poco más, pues las intervenciones directas en los libros, hechas con buena intención, pero sin formación, pueden ser muy perjudiciales a la larga.

La misión de los bibliotecarios, en este aspecto, es analizar y valorar, en primer lugar, la gravedad y el tipo de deterioro producido, ya que no es lo mismo una hoja rasgada que un volumen devorado por bibliófagos o empapado a causa de una gotera. Una vez evaluados

los daños, hay que decidir qué documentos deben ser reparados y cuáles no. Para ello, es necesario tener en cuenta factores como la legibilidad y la funcionalidad de los ejemplares. Los hay que, a pesar de presentar un soporte manchado, arrugado u oscurecido, se leen sin dificultad y se manejan sin riesgo de mayor deterioro, por lo que solo necesitan medidas de conservación que los mantengan en el mejor estado posible. Pero otros volúmenes requieren intervenciones directas y tratamientos reparadores adaptados al tipo de daño y a su gravedad. Algunos pueden estar tan “malheridos” que prácticamente son ilegibles e inmanejables, en cuyo caso la cuestión es si han de repararse o sustituirse.

El problema es que, muchas veces, la sustitución no es posible, sobre todo si los libros son antiguos o están descatalogados. No obstante, para reparar los ejemplares muy dañados,



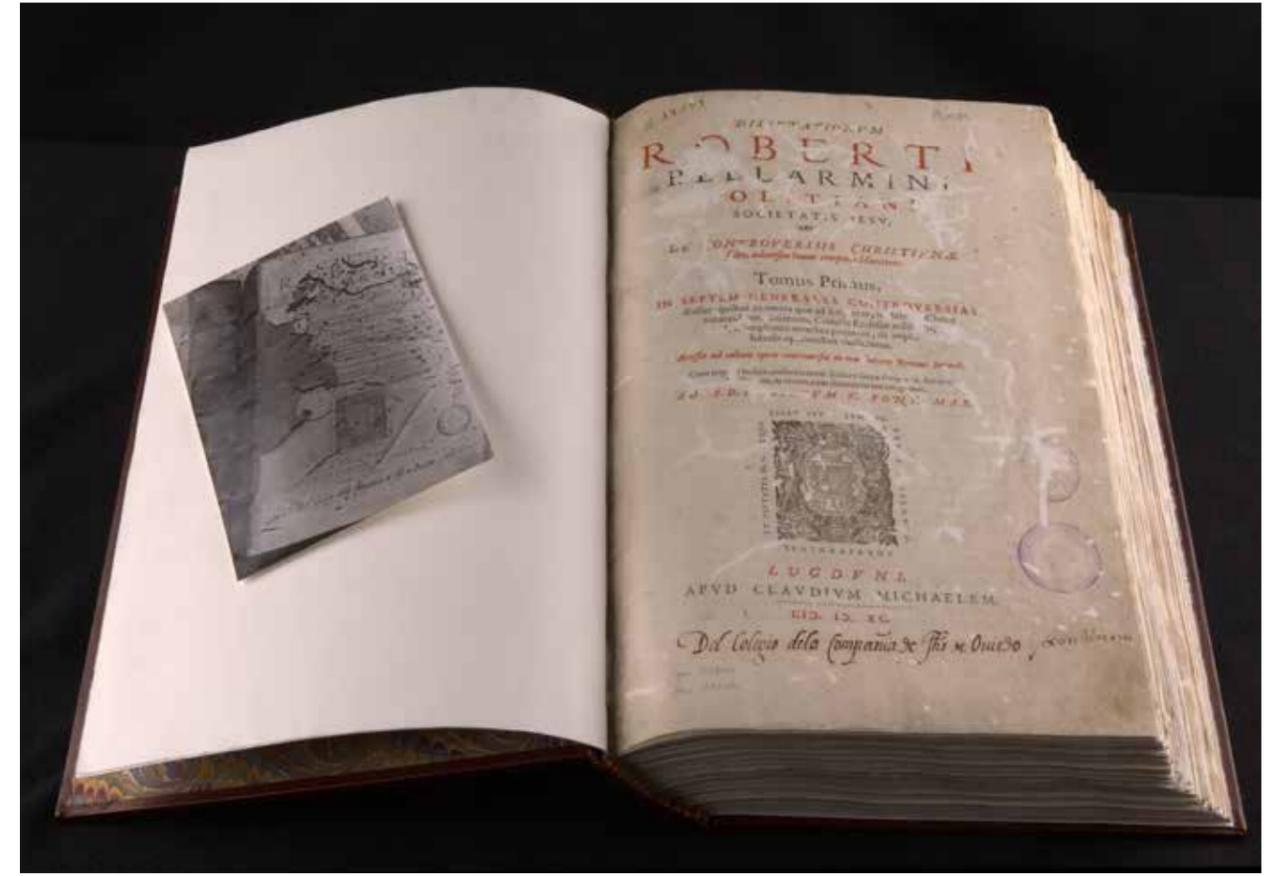
► Restauración realizada por especialistas, en la que se han conservado los elementos originales sustituidos.

dos -si tienen remedio, algo que no siempre sucede-, hay que ponerlos en manos de especialistas y someterlos a complejos y costosos procedimientos de restauración, lo que en la mayoría de los casos supone un importante desembolso económico que las bibliotecas, a menudo, no pueden asumir. Para decidir si merece la pena restaurar un libro, puesto que no hacer nada equivale a condenarlo más pronto que tarde a una segura destrucción, es habitual analizar y considerar su valor cultural, aunque se trata de un concepto difícil de concretar y de un criterio arriesgado, pues lo que hoy consideramos poco valioso, puede ser del máximo interés para las generaciones futuras.

En todo caso, es importante no olvidar que siempre que se produce una intervención directa, se modifica el documento original, porque se añaden elementos que no tenía, como sucede con las laminaciones, y se quitan o se sustituyen otros, como cuando se realizan

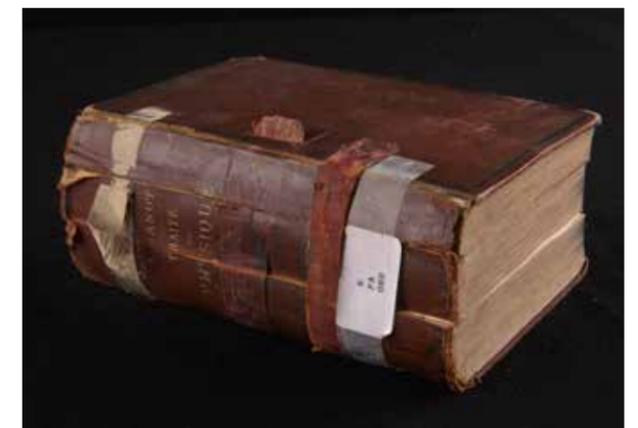
reencuadernaciones. De todas formas, los objetos bibliográficos son portadores de una información gráfica o textual que debe salvarse por encima de todo, pero también son objetos materiales que acumulan y aportan información sobre cuestiones muy diversas, como las técnicas utilizadas para la fabricación de soportes, o los métodos y materiales utilizados en las encuadernaciones, por ejemplo. De ahí la importancia de que se conserven, en la medida de lo posible, los elementos originales de los ejemplares que se restauran, ya que pueden albergar información que hoy no sabemos valorar, pero que mañana, con nuevas tecnologías y perspectivas de investigación, permita conocer mucho más sobre los libros y las sociedades que los produjeron y los leyeron.

Tanto la conservación preventiva de los fondos bibliográficos, como su reparación y restauración, requieren planificación y presupuesto, es decir, implicación y compromiso por parte



► Libro restaurado y reencuadernado por especialistas, en el que se ha reintegrado a las hojas la pulpa desaparecida por causa de la carcoma.

de las bibliotecas y de las instituciones a las que pertenecen. Sin ello, cualquier intento de conservación acaba careciendo de la calidad y la continuidad necesarias. La Biblioteca de la Universidad de Oviedo ha realizado importantes esfuerzos económicos para conservar y restaurar valiosas obras que, de otro modo, habrían desaparecido. Pero todavía son muchas las acciones que han de acometerse para que todos nuestros fondos tengan el entorno que necesitan y para que puedan sobrevivir los peor "malheridos".



► Intervención no profesional, e ineficaz, para reparar un libro.

MALHERIDOS

La huella del tiempo en las bibliotecas REBIUN
La Biblioteca de la Universidad de Oviedo



Universidad de
Oviedo